

V

Cuando entraron en el comedor, intensa oleada de luz les cegó. Por la ventana abierta colábase el aroma rudo, sano, de la tierra mojada. De las ramas de los árboles del jardín, apenas entrevistas, caían aún gotitas de lluvia. El cielo, bien lavado por la tempestad de la víspera, semejaba enorme gasa extendida, de color azul. Era una clara mañana de Agosto.

Villaescusa dijo, risueño, mirando hacia afuera:
—Va á hacer un día espléndido.

Y Nita, que se dispusiera á la sazón á sentarse á la mesa, tornó al lado del amante, mirando asimismo embelesada el follaje verde, del cual arrancase el sol centelleos de piedras preciosas.

—¡Espléndido, ya lo creo! Como que te lo mereces, queridito...

Tratábase de celebrar el ascenso tan meritoriamente alcanzado por Mauricio en *El Siglo* ocho días antes, ascenso que le colocó de pronto en la vanguardia de la redacción, como crítico de arte. El proyecto había partido de la musa, hábilmente secundada por las mozas de abajo, sin contar á Juanito, el cual, durante la tertulia del último jueves ponderase los encantos de un día de campo, en familia. Irían á Xochimilco, á embriagarse de paisajes, á vivir, siquiera fuese por breves horas, la vida á pleno aire. A la caravana, formada de antemano por ellos y los Méndez, agregaríase don Aquiles con sus tres hijos Cuauthemoc, Alejandro y Napoleón, y Julio Eslava, quien, gustoso, trocó la cena íntima que proyectase dar al amigo por el tan llevado y traído paseo.

Desayunáronse de prisa en un extremo de la mesa, sobre las puntas del mantel. Un vaso de leche, espumosa aún, tibia, con la tibieza de las ubres, y un panecillo recién salido del horno, fueron su único alimento. Moni iba y venía, acomodando en senda canasta las provisiones, y veíase más alegre que nunca con su blusa de percal rosa limpiísima y bien planchada. Abría cajones, doblaba servilletas, metíase en la cocina, agitado el mórbido pecho por el trafagueo.

—Date prisa, mujer, que son las siete—decíala el ama con la boca llena, húmedos los labios.

Mauricio había engullido ya su ración y esperaba fumando á un lado de la ventana. Vestía traje claro de casimir, corbata de verano, zapatos amarillos, y llevaba á la espalda, pendiente de ceñida correa, una pequeña cantimplora que mucho serviría para reanimar las flacas fuerzas. Retorcíase el presuntuoso bigote rubio, contemplando á sus anchas la linda mañana de cielo azul, de sol alborotador que cabrilleaba sobre los paredones cubiertos de musgo y hierba fresca.

—¡Mauricio! ¡Mauricio! ¿Están ustedes listos?

Juanito Alvarez, que desde hacía media hora larga recorriera á menudos pasos el corredor, las manos metidas en los bolsillos, calados los lentes y el nudo de la corbata más coqueto que nunca, decidíase por fin á interrogar, ansioso.

—Naturalmente. Si es por nosotros...

—Aquí todo el mundo se halla dispuesto. Sólo falta ese fanfarrón de capitán. ¡Figúrese usted! ¡Un héroe que duerme á pierna suelta!

No acababa aún de espetar tan acerbo comentario, cuando el insigne don Aquiles empujó la verja, cojeando como un epiléptico, seguido de tres mozalbetes que á él parecíanse, así por lo desvaído de la vestimenta como por la travesura de los ojos.

—¡Caramba! Ustedes han de perdonarme. Pero no es el caso de levantarse temprano sin tener de ello costumbre... En campaña ya es otra cosa... ¿Y ese demonio de Alejo? ¿Y las muñecas?... ¡Hola, amigo Villaescusa! Buenos días. ¿Usted también es de los que se retar-

dan? Baje, baje con dos mil de á caballo, que es hora de irnos.

Al poner el pie en el jardín Mauricio y Nita, ya estaban ahí el boticario y sus tres hijas; aquél, enfundado en un chaquetón de dril, bien calzadas las viejísimas botas que guardase en el armario de años atrás; anudado al cuello un pañolón de seda y cubierta la calva por jarano de pelo, de alta copa y anchas alas, que le caía, según el decir del veterano, como á un galápago una mitra; las niñas, esbeltas, graciosas, frescas, con sus trajecillos nuevos de gasa y el típico rebozo nacional de pálidos tintes airosamente cruzado sobre el pecho.

—¡Nita, Nita, qué guapa estás!

Se tuteaban las cuatro desde el día siguiente de conocerse; y Mauricio sonreía, enorgullecido, escuchando las alabanzas que las Méndez tenían para ella, que reía á carcajada limpia al recibir semejante chaparrón de piropos, mostrándose tentadora con su vestido de tenue muselina cubierto de encajes, el nítido cuello desnudo, al cual ceñíase un listón, y el sombrero de paja que por su misma sencillez tan bien sentaba en la cabecita inquieta. Hasta el veterano tuvo elogios de su marca especial para saludarla; cosa sorprendente, reconocido como era su despego por el sexo femenino, en el cual veía algo de inferior.

—¡Palabra que yo sitiaría á Troya por usted! Con perdón sea dicho.

—¡Suéltalas, suéltalas, Aquiles, que eso le remoja á uno! Yo me siento joven con estos ajetreos. Mira que dejar la botica en manos de un extraño... ¡Treinta años hace que no faltó ahí una sola mañana! Pero hoy me han sacado ustedes de mis casillas.

El capitán se atufó viendo á Juanito que salía en aquel instante con otra cesta de comestibles al brazo.

—Pero ¿y ese niño, de qué sirve?

—¡Hombre, hombre, tienes unas ocurrencias!... Marcharse el viejo y quedarse el muchacho; eso es... ¡Bonito discurso! No señor; vamos los dos á respirar oxígeno, á comer hasta hartarnos, lejos de balanzas y morteros que aburren.

—¡Chico, estás cambiado!

—Tengo veinte años menos, te lo aseguro.

—Vamos, papá, que se hace tarde.

—Vamos, hijas, vamos...

La caravana se puso en marcha.

Por delante iba Nela, cogida del brazo de Nita. Pintábase en su carucha una gran alegría: ella, la pobre enclaustrada, que no pisara más que el huerto de casa y las empinadas calles los domingos, al encaminarse á la parroquia, regocijábbase al pensamiento de que en breve *sentiría*, ya que no vería, hermosos paisajes. Seguían Mauricio y Jacobina: el poeta embebido en proyectos literarios; la muchacha, decidora y riente al considerarse lejos de los cotidianos quehaceres, que tanto, sin embargo, amara, lanzando chirigotas á don Aquiles—que iba detrás, al lado de Luque—, con gran contentamiento de papá, quien no cesaba en sus ponderaciones sobre las galas de la Naturaleza, secundado por su caro discípulo. Y algo retrasadas en razón de la pesadumbre de las canastas, venían Moni y la nueva doméstica de los Méndez.

Asaltaba la gente las ventanas al oír rumor de zambra. Los hijos del militar metían ruido por mitad del arroyo. Las devotas que tornaban de misa, embozadas en negro chal, miraban fijamente aquel grupo de mozas ataviadas de vivos colores, que no sentían vergüenza teniendo junto á sí al ateo cojo, á quien tanto censurase de modo indirecto en sus sermones el venerable señor cura.

Un momento más tarde, deslizábanse en el tren por la rápida pendiente que conduce de San Angel á Coyocacán. Adormecidos por el trac trac de las ruedas, enmudecían á veces. El sol había salido ya; un sol cálido de verano que saturaba de oro los campos reverdecidos, olorosos á musgo, encharcados aún á trechos por las recientes lluvias. En las casitas que desaparecían vertiginosamente, no se observaba el trajín de la semana: yacían tranquilas en la calma dominguera, el perro tomando el sol á la puerta, los pájaros trinando prisioneros en sus jaulas colgadas de los grises paredones de adobe.

Algunas mujeres caminaban despacio, distraídas, al borde de la cuneta, en dirección del pueblo; caballeros en mansos rocines, iban dos gendarmes por mitad de la carretera, con las carabinas á la espalda, que lanzaban fugaces destellos. Allá á lo lejos, en los potreros limitados por espesas arboledas, pastaban las reses, inclinada la testuz, meneando pacíficas la cola. En el horizonte delineábanse las montañas, mientras que la neblina iba desapareciendo con lentitud, asaeteada por el sol.

A Nela se le ensanchó el pecho respirando el aire vivificador de la mañana; Nita miraba á Mauricio, dichosa al verle más contento que nunca, absorbiéndose en la Naturaleza, tan fresca á aquella hora, como si buscara la idea del libro perseguida de días atrás en el verdor intenso de los llanos. Y riente asomábase á intervalos hacia afuera, rozando con sus mejillas los labios del poeta, que la oprimía la mano.

En Coyoacán, la iglesia antiquísima que se alzaba tras de los recios muros del atrio y el caserón colonial erguido aún frente á la plaza, despertaron las aficiones históricas de Juanito, quien con gran asombro de los presentes, había sostenido una charla amena y reposada con don Aquiles en el trayecto. Perdióse, en tanto llegaba el nuevo tren que había de conducirles á Churubusco, en disertaciones sobre el palacio de Hernán Cortés, cuya vulgar fachada observaban las señoritas Méndez, no comprendiendo cómo mesón tan destartado y feúcho había sido residencia cuasi real de aquel noble señor. El capitán, que nada era capaz de oír sin encontrarse contradictorio con sus pareceres, puso en duda la autenticidad del monumento de marras, y ahí se armó discusión tan viva como poco documentada, que presto Nita hubo de calmar, diciendo al mancebo al ver que el clavel que antes luciera en su ojal había pasado al pecho de Lupe:

—Vaya, Juanito, no se pelee usted por esas cosas; ¿qué nos importa el señor Cortés, que en paz descanse? Fíjese en las historias presentes, mejor que en las pasadas, como me fijo yo...

Sonreía, pícarosca, echando un vistazo sobre la mo-

rena. Juanito comprendió la alusión, se puso como la grana y señaló el tren que llegaba, con el propósito de disimular su sonrojo.

Hasta Churubusco, la plática fué animadísima. En el vagón, casi solitario, penetraba el sol á chorros. Y don Aquiles le dió el primer tiento á la bota de Villaescusa, no obstante las formales protestas del boticario, el cual abogaba por la temperancia.

—¡*Diávolo*, Alejo; ó se bebe ó no se bebe, qué caray! —gruñía, interrumpiéndose, á fin de dejar oír á los circunstantes el suave *glu-glu* del coñac al resbalar por su curtida garganta—. Sí señor; el estómago me lo pide —añadió, limpiándose los labios—. Y luego, como la mañana está algo fresca...

—El fresco eres tú, hombre de Dios...

Dejaron atrás las ruinas del convento, por encima de las cuales asomaba el campanario achaparrado; ruinas que parecían adquirir nueva vida, rejuvenecerse, en la claridad matinal. Descendieron en el andén mismo de la estación de Churubusco. En tanto llegaba el directo de Tlalpan, pasearon por el jardín florido. Trepaba la hiedra por los muros pintados de rojo; las campanillas azules mecíanse en lo alto, al soplo de la brisa. Los empleados, muy ufanos dentro de su uniforme azul, iban y venían por entre los grupos de pasajeros, dando órdenes; el llamador del teléfono tintineaba á cada instante, allá dentro, en las oficinas; y el movimiento de trenes ascendentes y descendentes, las aglomeraciones de viajeros, los gritos de tal cual vendedor de frutas, daban á aquel rincón perdido en el paisaje interesantísima fisonomía.

En Huipulco, la penúltima estación de la línea, término del viaje por ferrocarril, encontraron á Julio Esclava, que ya les aguardaba con no poca impaciencia. Traía buena provisión de vinos y algunas cosejas más, sólidas éstas, que abrieron el apetito del capitán Toro con sólo olfatearlas á través de la urdimbre del cesto. De ahí en adelante, hasta Xochimilco, el viaje se haría en media docena de jamelgos anémicos y en un destartado simón que, á juzgar por las trazas, era de los tiempos de la Nana. Acomodáronse como pudieron en tan primitivos

medios de transporte. Don Aquiles, no obstante haber pertenecido á varios regimientos famosos de «los buenos tiempos», negóse á profanar sus posaderas asentándolas en el lomo de tan inmundas caballerías, y se posesionó sin decir oste ni moste de uno de los asientos de la calesa, berlina, diligencia ó lo que fuera, pues ninguno acertaba á definir vehículo de tan rara y anticuada forma. Nita, Jacobina, Nela y las dos criadas le hicieron compañía, riendo al verse tan apretadas en el chirriante cajón con ruedas, que ocupaba por mitad el abdomen del digno veterano. Lupe, instigada por Juanito, decidió montar uno de los rocines, alazán de inclinada testa y huesosas ancas. Don Alejo, Eslava y Villaescusa siguieron su ejemplo, así como Alejandro y Cuauthemoc, que ocuparon á la vez una misma bestia. En cuanto á Napoleón, iba en el pescante, junto al cochero, un indígena de atezada faz. Juanito Alvarez vióse en el duro trance de optar por la marcha á pie ó caballero en regordeta mula, que en vez de silla ostentaba recio aparejo, y en lugar de freno un bozal. Y prefirió al cabo lo último; que no era el caso de irse á pie por la polvorienta carretera, que partiendo del caserío serpeaba por la escueta llanura, perdiéndose á lo lejos, tras de las lomas.

Iba el pobre mancebo sudando la gota gorda, no tanto por la falta de apoyo que para sostenerse en el manso animal encontrara, sino por la figura poco airosa que á los ojos de la morena hacía. Villaescusa desternillábase de risa, pues conocida era la propensión del mancebo á aparecer bien plantado ante la segunda de las señoritas Méndez.

Nela protestaba desde el interior del carricoche, asomando en ocasiones la rubia cabecita.

—Déjenle, déjenle... Juanito sabe montar muy bien, aunque no lo parezca.

El capitán intervenía en la guasa, lanzando cuchufletas:

—Aquí, aquí es donde quiero yo ver á estos mocitos remilgados. ¡Caramba! Esta no es la acera, no señor.

El camino, estrecho, polvoroso, dilatábase por la extensa llanura. Sobre las cercas, las lagartijas se ten-

dían al sol. Uno que otro arbolillo de retorcidas ramas achicharradas por el fuego solar, erguíase aquí y allí. Reverberaba la tierra y una atmósfera pesada, ardiente, producía inmensa sequedad en las gargantas de los viajeros. El pesado vehículo avanzaba lentamente, dejando tras sí honda huella en el lodo. Dentro, seguían resonando las risotadas de las mozas, interrumpidas de vez en cuando por las interjecciones de don Aquiles, el cual, no teniendo ya á su alcance la cantimplora de Villaescusa, había echado mano de senda botella de amontillado. Mirábala contra la luz, extasiándose ante los fulgores ambarinos. ¡Diávolo! Aquel sí era del legítimo, de las propias bodegas de Jerez. Quizás se habría escapado de alguno de los toneles reales por equivocación. Y enternecido al pensar que sus republicanos labios estaban empapándose en el licor destinado al kaiser ó á la majestad inglesa, obligó á sus adorables compañeras á probar.

Los que caballeros iban, amodorrados por el ardor del sol y las escoriaciones sufridas en salva sea la parte, enmudecían, denotando no confesado cansancio. A lo más oíanse las voces de Julio Eslava y Mauricio, que departían alegremente, quedándose atrás de la caravana adrede, á fin de charlar de «cosas literarias», tan poco gratas á los oídos profanos.

Eslava mostrábase contentísimo de los éxitos de su amigo. Aquel ascenso logrado en *El Siglo* le entusiasmaba sin ponderación. Al cabo don Luis Zayas, el viejo compañero del padre, había reconocido los méritos indiscutibles del hijo. Y Villaescusa oíale pensativo, moviendo á ratos la cabeza.

—No, Julio, no; te equivocas... No está ahí mi ideal; no reconozco en ese triunfo mi triunfo. Quisiera, ¿cómo decírtelo?, quisiera que las ideas que bullen dentro, en mi cerebro, atormentándome como mendigos que piden mi abrigo, y las bellezas que adivino como á través de un velo de misterio, encontraran forma, un molde digno de ellas, un joyel que las guardase para siempre, eternizándolas... ¡Ser artista! ¡Tener un nombre! He ahí la razón de mis esfuerzos y de mis luchas:

el horizonte que yo veo, distante, muy distante, y al que quisiera llegar pronto, mañana, volando como los pájaros, con la rapidez de la luz... Me horroriza la idea de no ser más que el pobre periodista que vive la vida de un día y que tras del prodigioso montón de cuartillas escritas con la fiebre del momento, sólo encuentra el olvido...

Eslava le consoló con aquel su acento persuasivo, tenuemente irónico.

—Chico, eso de *llegar*, tiene la gracia de Dios. ¡Llegar! ¡Llegar! Todos hablan de ello y ninguno lo procura.

—¡Si tú conocieras mis noches de insomnio! ¡Si te imaginaras mis cóleras en los ratos de impotencia!...

—No creas, me las figuro perfectísimamente. Me explico asimismo tu desdén por el periodismo. No fué hecho para nosotros semejante yugo. Lo que no entiendo es tu afán de vencer sin trabajo. Persiste, Mauricio; sé tenaz. No hallas formas porque no las buscas; no encuentras originalidad porque, guiado por la monomanía de perseguirla en espacios imaginarios, fuera de las conocidas rutas, te apartas de la vida. Busca tu obra ahí, en la vida, en la vida vulgar, corriente, ordinaria, y estoy cierto de que la encontrarás. ¡Ah, si yo tuviese junto á mí una Nita!...

Calló, interrumpido por la musa, que en aquel instante asomaba el risueño rostro por la portezuela. Corría el coche entonces por dilatadísima alameda, al término de la cual se dibujaba el caserío de Xochimilco.

—¡Mauricio! ¡Mauricio!—gritó—. ¡Qué hermoso es esto! ¡Si yo supiera escribir!...

Y Villaescusa quedóse mirándola atentamente, fijamente, como no la había visto nunca, como si quisiera penetrar con aquella mirada el arcano que se escondía tras de las pupilas negras; el misterio del alma de la amante que agitaba en la diestra el blanco pañuelo, ebria de alegría y de luz, bajo la lluvia dorada del sol.

Polvoroso y arcaico era el pueblo: una calle regularmente ancha, culebreante, orillada de viejas casucas ó de rústicas chozas con techos de paja, y media docena

de callejas más, de menor prestigio que ésta, le componían. Por encima de los paredones ruinosos, de los soportales ennegrecidos por la herrumbre de los años, asomaba la iglesia, tosca, antiquísima como el lugar, con su cúpula y su torre achaparrada. Frente al atrio veíase una plazoleta herbosa, en medio de la cual, bajo de un cobertizo, los indígenas realizaban sus mercadearías: legumbres, frutas, pescado frito. Discurrían los asnos, rozando con sus hocicos el césped. Bandadas de gallinas picoteaban los perdidos granos. Sentados en los salientes de los muros, grupos de hombres charlaban, fumando; su habla melosa, plagada de diminutivos, esfumábase en el rumor apacible.

Los repiqueteos de las doce sonaron justamente en el campanario, esparciéndose en derredor como bandada de palomas, cuando el viejo guayín penetró en la vía principal del pueblo, dando botes al chocar con los pedruscos, á tiempo que el chasquido del látigo azuzaba á las mulas y las carcajadas del capitán y los chillidos de susto de las señoritas hacían salir á las mujeres á las puertas, como si se tratase de algo no común. Atrás, llenos de polvo, sudorosos, con los chilapeños sombreros echados sobre los ojos, venían los de á caballo, espolcando á las bestias. El boticario hacía gestos, diciendo que no podía más; que sus años impedíanle sufrir en mayor número escoriaciones como las producidas en la parte menos noble de su persona, á causa de la pésima andadura del rocinante que le tocara en suerte; Eslava y Villaescusa miraban extasiados el pueblo, la rústica calle, por encima de cuyos bardales sorprendían deliciosas escenas campesinas, y sorbían con deleite el aire, aquel airecillo oloroso á estiércol y á aroma de flores; Lupe, erguida gallardamente en su alazán, sofrenábale, temerosa de que fuese á pisotear á alguna de las cluecas que surgían al paso, cacareando; y Juanito Alvarez, rezagado de la caravana cosa de veinte metros, desgañitábase, gritando que le esperasen, y golpeaba duro á la mula sobre cuyo aparejo venía él á modo de un Sancho Panza de nueva estirpe.

Dejaron las cabalgaduras en uno de tantos corrales.

Al poner pie en tierra, los excursionistas no podían andar, que tales eran las averías ocasionadas por la caminata. Don Aquiles Toro, un si es no es chispa, apoyábase en la cerca, y retorciéndose los cerdosos bigotes miraba al cielo murmurando con sonrisa inefable:

—¡Qué feliz soy! ¡Ay, qué feliz soy, amigos míos!

Desengancharon el carromato, que quedó en mitad de la calle, á falta de cochera, y alegremente encamináronse á la plaza, cogidas del brazo las mozas, retozando los retoños del veterano y departiendo los hombres maduros y aun pesados, sin dejar por ello de empinar el codo cada vez que el calor apretaba y el gaznate lo pedía. Proveyéronse en el mercado de algunos comestibles de que carecían las alforjas, tales como cabrito al horno, ante cuyo olor se arriscaban las narices del capitán, tortas y frutas. No se desdeñó tampoco el pulque: en panzada bota encargáronse de llevarle los Toros menudos, á pesar de las protestas de las damas, que consideraban de mal gusto la hedionda bebida nacional.

A la salida del pueblo contemplaron el canal de Xochimilco. Era una ancha cinta de color esmeralda, en cuyas riberas azuleaban los lirios y la prodigiosa flora acuática mecíase al impulso de las hondas. Los fresnos inclinábanse sobre la corriente, besando el agua; los sauces, de vaporoso follaje, daban sombra á los remansos, en los cuales el cristal líquido permanecía inmóvil, reflejando pedazos de cielo. A la orilla, dibujando su graciosa silueta en la limpidez del espacio azul, casitas lacustres, hechas de adobes y paja, veíanse de trecho en trecho. Y las llanuras, inmensas, onduladas, de un verde fuerte, acuosas por la proximidad del canal, extendíanse hasta los cerros distantes.

Apresuráronse á emprender la travesía, cuyo término eran los Ojos de Agua. Embebidos en el divino paisaje, juraban y perjuraban todos que en su vida habían visto nada mejor, asombrándose de que á sus años, y estando tan cerca de aquellas pintorescas regiones, no las hubiesen conocido y admirado algunos lustros antes. Pero los que más absortos parecían eran los dos artistas. Eslava hacia recuerdos de su Valencia, sintetizados en esta

exclamación: «¡Ah, la Albufera!» Mauricio veía al fin motivos de descripciones encantadoras para sus futuros libros. Y hasta el propio Juanito Alvarez, abismado en tanta belleza, perpetraba en sus adentros serio agravio al arte.

Entraron al cabo en la *traginera*, especie de gran canoa que esperaba amarrada á la orilla. En un extremo acumularon las provisiones; sentáronse después en las tablas que hacían las veces de bancos, en regocijada confusión; don Aquiles tendióse panza arriba, desafiando los rayos del sol. Dos forzudos indígenas, con largos palos que sustituían á los remos, y que internándose en el cieno del fondo daban impulso á la pesada embarcación, dieron principio á la faena. La tersura del agua transparente y verde rompióse, y la *traginera* se deslizó, dejando tras sí suave estela. Sobre el canal, la brisa producía menudo oleaje; de las arboledas cercanas venía un como á manera de rítmico canto; al aroma de las flores acuáticas mezclábase intenso olor de humedad y de hierbas podridas. Pasaron un puente de piedra, medio en ruinas. De los resquicios del único arco brotaban guirnaldas de hojas. Más allá, en un recodo, á la sombra de los sauces, algunas mujeres lavaban. Sus caderas movíanse acompasadas; los pechos, flácidos, amenazaban rebasar el escote. Media docena de chiquillos, en cueros, con el trasero al aire, retozaban en la arena, los moquetes y el pelo chorreando agua.

Después, cuando dejaron el pueblo atrás y al místico silencio del campo adormilado por el sol tan sólo respondía débil chapoteo, experimentaron la dulce sensación del reposo. El canal extendíase, ancho á veces, angosto otras, como inmenso espejo. Nita lanzaba gritos de entusiasmo al contemplar las orillas, dilatados campos de amapolas que se perdían á lo lejos, entre cipreses. Algunas zanjas, abiertas de trecho en trecho, regaban los terrenos limítrofes, formando islotes en los cuales asomaban por entre el follaje lujurioso las techumbres cónicas de las chozas; los plantíos de legumbres, en cuadros simétricos, hacían pensar en la dulzura de rústicos hogares. Bandas de patos salvajes salían

graznando de entre las malezas, para perderse luego en el infinito azul, y en los bosquecillos de arbustos oíase la canción monótona de las cigarras.

Jacobina cantaba á ratos, doblando el busto sobre el borde de la canoa, lista para coger los lirios que encontraba al paso. Sus brazos mórbidos, sus brazos blancos, hundíanse en el verde pálido del agua, y sacaban, chorreando, las matas de negruzcas raíces retorcidas y llenas de cieno. Lupe miraba el fondo, límpido, transparente, asaetado por flechas de oro, como si sus ojos negros quisieran desentrañar el misterio de las aguas dormidas y su mente evocase los esplendores remotos de los reyes indios que antaño surcaban aquel mismo canal, en medio de la pompa de sus cortejos. El capitán Toro, un tanto adormecido por el sopor del vino, no se desdeñaba de incorporarse y apurar sendos tragos de coñac, en razón de su inaudita sequedad de garganta, lo cual le valía serias reprimendas del boticario, ocupado entonces en discutir de botánica con Juanito. Solamente Julio Eslava y Nela sostenían aparte animadísima charla, encantado él de las delicadezas de la ciega, embebida ella en la palabra vaporosa, espumeante, frívola, de aquel periodista que, á pesar de haberle conocido por la mañana, parecía ahora viejo amigo.

—¡Cualquiera diría que es mentira, Nela! ¿Cómo puede usted gozar de estas cosas, sin verlas? A mí me parece un crimen traerla á usted aquí. Cierito estoy de que se divertiría más oyendo una ópera, un concierto, algo que fuese encanto del oído más que de la vista...

Movía ella la cabeza, negando:

—No, no; se equivoca usted. Yo gozo, y mucho, con todas esas cosas. Me basta oirlas nombrar, sentir las junto á mí, para imaginármelas. Habla Jacobina, por ejemplo, de lirios y amapolas... Pues me figuro un lago muy grande, muy bonito, con alfombras de lirios azules sobre el agua; unos campos inmensos, llenos de verde, y entre el verde, flores rojas, muchísimas flores rojas, como los altares de Navidad que ponía mamá en casa cuando yo no era ciega...

Calló. Poco á poco su voz iba apagándose, mientras

que sus pupilas azules, inexpresivas, dirigíanse al horizonte cerrado de montañas. Y era que su pensamiento, surcando la noche de los años, deteníase en la niñez que se perdía cual puntito de oro en densas tinieblas.

—Hace ya mucho tiempo, ¿sabe usted? Tenía yo seis años. Apenas me acuerdo. Entonces vi el sol, y las flores, y las gentes. ¡Ah! ¡qué hermoso era todo aquello!... Pero me enfermé. Una enfermedad muy rara que el médico no supo curar. ¿Conoce usted ese mal, señor Eslava? A ver, míreme á la retina... ¡Y me quedé ciega, qué remedio!

—¡Lástima, Nela; lástima!

—¿Y por qué? No señor; Dios lo quiso así, y hay que someterse. Por otra parte, no he menester de los ojos. Conozco á las personas sin verlas. Mire usted: al señor Eslava, con quien hablo, me lo figuro...

—¿Sí? Pínteme usted...

Lupe intervino, riendo:

—Pero, Nela... No la crea, Julio. Son ideas de ella.

La ciega se enfadó, llamando en su defensa á Juanito. ¡Qué monomanía de contrariarla! ¿Verdad que si las conocía? Ahí estaba él, á quien nunca había visto, lo cual no era obstáculo para describirle con todos sus pelos y señales. El mancebo asintió, dejándola complacida, y á Julio satisfecho del verismo de sus afirmaciones. La conversación, rodando, rodando, fué á parar en el arte. Eslava le preguntó si gustaba de la poesía, de la novela, del drama.

—¡Oh! ¿Cómo había de ser lo contrario? Rabio por los versos. ¡Qué bonitos son! ¡Y se pegan tan bien al oído! Pero me han leído muy pocos. Como no sean los de Juanito...

—¡Hola! ¿Juanito escribe versos?

—Preciosos.

Villaescusa, que desde momentos antes permanecía absorto en extrañas meditaciones, sonrió. Afortunadamente, Nela era incapaz de advertirlo; que si no, buena la hubiera pasado.

—Los poetas...—agregó la ciega—. ¡Los poetas! Para mí son algo muy raro, y al mismo tiempo muy hermoso.

Mire usted que decir cosas no vulgares, y en un lenguaje que parece música... Si yo tuviera mis ojos, leería, leería mucho.

Enternecido el joven, sin que ella se lo pidiese, la dijo en voz baja, casi al oído, versos, lindos versos que ella nunca antes escuchara: rimas de Becquer, de una impalpable melancolía; doloras de Campoamor, de irónica agudeza; serenas, límpidas estrofas de fray Luis, aromosas como un vino arcaico servido en ánforas de cristal:

¡Ay! levantad los ojos
á aquesta celestial eterna esfera;
burlaréis los antojos
de aquesta lisonjera
vida, con cuanto teme y cuanto espera...

La muchacha, que no volvía en sí del asombro que aquella armonía de rimas despertase en su ánimo, exclamó, deliciosamente ingenua, al callar su amigo:

—Con franqueza, yo diría que esos versos son más hermosos que los de Juanito.

Y Eslava soltó una carcajada, á tiempo que los gritos de las mozas, del boticario y de los hijos del veterano, anunciaban al término del viaje. El canal habíase ensanchado de pronto, y una franja de tierra veíase al fondo. A la izquierda, los manantiales, semejantes á dos lagos en miniatura, convidaban al curioso excursionista con la profundidad cristalina de sus aguas. Una turba de indígenas, de entre la cual sobresalían los sacos blancos de los viajeros y los sombreros de Panamá que algunas *misses* prendieran á sus cabellos rubios, discurría por el primitivo embarcadero.

En el centro del Ojo de Agua, la embarcación se detuvo. Era aquél de forma casi circular, poblado en los bordes, como el canal, de variadísima flora: hierbas purulentas, de infinitos tentáculos; plantas viscosas que á flor de agua semejaban monstruos concebidos por la imaginación de un desequilibrado. Erraban las pupilas por la masa transparente, á través de la cual descubriáse el fondo, poblado de lamas, de guijarros que refulgían

al recibir la luminosa caricia suavemente tamizada. Nita columbró, sobre la fina arena, monedas de plata echadas ahí por viajeros de antaño; y sus ojos de sensitiva posáronse con cariño en un abanico que medio ocultaban las hojas larguchas de planta extraña. Quizás sería de alguna enamorada que, como ella, había distraído en aquel paraje horas de ensueño. Sin quererlo, suspiró, volviéndose á Villaescusa. El poeta miraba también el abanico.

Picaba el sol, y el estómago pedía á gritos el reparador halago de la vianda. Obedientes á tan cuerdas insinuaciones, desembarcaron en el improvisado muelle, internándose luego en un bosquecillo que cerca había, poblado de mezquites, huizaches y otros árboles silvestres. Ahí, á la sombra, tendieron sobre el césped los limpios manteles; descargaron las domésticas los cestos que al hombro llevaban: saltaron los primeros taponés, y viejos y mozos y criadas, en desorden, dieron principio á la comida campestre, sin olvidarse, por cierto, de la exigua tripulación que á sus espaldas estaba. Jacobina y Nita encargáronse de repartir, con la legalidad requerida por el caso, los comestibles. Don Aquiles, con la pata de palo tendida cuan larga era, y echando hacia adelante la poderosa panza, mascó á dos carrillos. Don Alejo Méndez, al verle, mostraba singular azoro. ¡Pero, Señor, aquel hombre iba á reventar! El capitán burlábase de tan femeniles escrúpulos. ¡Cristo! ¿si no comía entonces, cuándo iba á comer? El campo exigía buen diente. Que los melindrosos y de poco apetito se quedasen en casa tragando laxantes y encharcándose de aguas minerales la barriga. Que no le viniesen á él con tales niñerías de que «te hace daño» y «vas á enfermarte», porque les despachaba noramala. Gustábale todo con exceso: que si comer, pues comer hasta indigestarse; que si beber, pues beber hasta que la divina embriaguez rindiese el ánimo; que si pecar contra el sexto mandamiento, pues...

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! Don Aquiles, ya comienza usted...

—¡Hombre, has de ser el mismo aunque te maten!

Don Aquiles gruñó, sorbiéndose un vaso de buen

tinto. Los pequeños retoños reían entretanto á hurtadillas, mirándole con gesto descarado.

—Perdona, viejo—repuso limpiándose los labios cubiertos de grasa y de vino—. Tú sabes que la lengua se suelta á veces é imposible es contenerla. ¡Caramba! Por lo demás, yo supongo que las señoritas ignoran cuál es el sexto mandamiento...

Juanito, que hasta entonces permanecía mudo, se puso como la grana al observar que la insinuación del viejo iba dirigida á Lupe, y dijo:

—¡Caray, don Aquiles, caray! Peor está el remedio que la enfermedad...

El capitán, que iba á engullir un bocado, detúvose, frunciendo el entrecejo:

—¿Es que á usted le importa, don Mosca Muerta?

—Sí señor, naturalmente.

—¿Es ella su hermana, su prima, su mujer, su novia ó su cuñada por el lado político? ¿Puede saberse?

Bajó los ojos el mancebo, ruborizado, balbuciente, á tiempo que los circunstantes estallaban en sonoras carcajadas y la aludida sonrojábase también, no sin enojo. Enseñoreóse la broma de la reunión, y á partir de aquel instante no hubo cosa que se tratara en serio. Toro sacó á relucir su repertorio de chistes gruesos; las muchachas se desternillaron de risa; Julio Eslava terció en la gresca, y es fama que el boticario rió entonces como no reía desde los tiempos dichosos en que viviese su cara mitad, flor de mujeres agraciadas y espejo de donosura. Sólo Mauricio permanecía á ratos abstraído, como si su pensamiento estuviera muy lejos de ahí, revoloteando por regiones ignotas. Nita, con maternal solicitud, procuraba sacarle de su meditación, subrayándole los decires felices de los otros. La pobre musa habíase acostumbrado ya á las manías del poeta; mas aquel día experimentaba sed de verle contento. Juanito Alvarez, escocido por las despachaderas del veterano, apenas osó hablar, escudriñando á veces el semblante de la morena, que se hallaba enfrente de él, ansioso de halagarla de algún modo, ofreciéndola vino y frutas, como si la hubiese causado daño; obsequios que la chica rechazaba,

sin importársela un ardite las desazones y zozobras que con tal proceder el mozalbete sufría. Hubiese llorado, á no ser por la presencia de los demás, y gracias á las palabras consoladoras de Nela, que, á menudo, volviendo hacia él sus pupilas sin luz, le decía: «Juanito, ¿por qué no hablas?...» «Oye, ¿estás contento?...»

Pronto los comestibles dieron fin. Sobre los manteles no restaban más que cacharros sucios, migas de pan, huesos de pollo y botellas vacías; los que en torno á ellos se sentaron, invadidos ya por el sopor de la digestión, pusiéronse en pie, diseminándose por el bosque, mientras que las fámulas se encaminaban al arroyo próximo, á fin de lavar los trastos. Don Aquiles y Julio Eslava dispusiéronse á dormir la siesta sobre la hierba. Villaescusa trepó á un árbol, recostóse sobre las tendidas ramas, sacó un libro del bolsillo y hubo de embeberse en la lectura, dejando vagabundear las pupilas, de rato en rato, por el jirón del cielo nuboso que se vislumbraba por entre el follaje. Una idea fija le poseía desde la aparición encantadora de Nita por la portezuela del coche: la de escribir su obra, la obra ansiada, hecha y deshecha infinitas veces en su mente; exuberante en ocasiones, como el bosque verde; débil y axangüe otras, cuando su planta bosca de analizador pisoteaba las hojas secas de antiguos proyectos, que gemían lastimeras, cual si soplasen sobre ellas viento invernal. Sentíase torturado, inquieto, como si aquellos instantes precedieran al de la gestación, y veía por encima de las páginas del volumen que leyese la campiña espléndida, y en medio de ella Nita, amorosa, sonriéndole bañada por el oro del sol.

Una risa aleve le sacó de su abstracción. Miró hacia abajo: ella, al pie del árbol, abrazada al tronco, alzaba el rostro, contemplándole.

—Chico, ¿estás fastidiado?

—No; ¿por qué?

—¡Te parece poco! No me echaste una flor en todo el santo día...

—¡Anda, vanidosa! Es que pienso en la flor más linda que pueda ofrecerte.

- ¿En el libro?
 —En el libro, sí.
 —¡Ah! Entonces te dejo...
 —¿Quieres darme un beso?—interrogó él viéndola pronta á marchar.
 —¿Aquí?
 —¡Claro!
 —¡Imprudente!
 —¡Oye!
 —¿Y cómo?
 —Así...

El poeta agarróse á una de las toscas ramas; echó el cuerpo hacia abajo; tendió los labios; oprimió con la izquierda la carita sonrosada y la besó en la boca, largamente, voluptuosamente, en tanto que el libro rodaba por el suelo. Nita huyó regocijada. Mas presto detúvose, al percatarse de que tres pasos más allá, entre el bosque, se desarrollaba una escena que la daría la clave de tantas sospechas como la viniesen al meollo respecto de Juanito Alvarez.

Al pie de la colina que junto al arbolado erguíase, Lupe cortaba flores silvestres: botones de rosales selváticos, flores de tinte azul desvanecido, de amarillo suave de amatista, de escarlata, cuyos nombres la eran desconocidos, y seducíanla tan sólo por su aroma acre. Iba á lo largo de la cerca, recogiendo las faldas cuando en alguna espina solían engancharse, y echándose de bruces sobre los pedruscos apenas descubría una rara corola lejos del alcance de la mano. El mozo observábala á distancia, mirando en derredor á cada instante, con cara de azoro, como si decidido á aprovechar la primera ocasión propicia, no se arriesgase cuando ésta se presentaba. Sentía en el alma el pobre Juanito insoportable escozor, una inquietud vaga. Aquel gesto de enojo de Lupe al escuchar la broma del capitán, le había hecho daño; y por eso ansiaba explicarse, hablar, verla... Aun no se decidía del todo, cuando la segunda de las señoritas Méndez, al volverse en su constante vaivén hacia donde él se hallaba, quedóse mirándole con una mirada que no era de alegría ni de enojo, sino indiferente, llana.

- Lupe...—dijo él acercándose.
 —¿Qué?
 Juanito vaciló. Las palabras se le atragantaban, y no sabía qué hacer de las manos.
 —Lupe, ¿te has disgustado conmigo?
 La muchacha rió, asombrada.
 —¿Contigo? ¿Por qué?
 —Cuando... á la hora de comer... don Aquiles...
 —¡Pero, Juanito de mi alma, en todo caso, no va contigo el enojo! Don Aquiles la hizo, pues que él la pague. Ya sabes que no me gustan las bromas de ese señor. Mira que suponer un noviazgo entre nosotros...

El mancebo, á medida que ella hablaba, iba poniéndose más pálido. Cada una de sus frases heríale más que su seriedad. Veíala riente, confiada, poniéndole su mano larga y fina sobre el hombro, con la familiaridad de una hermana, de una noble y buena hermana que se complace en aliviar los dolores del pequeño; veíala tranquila, serena, sin que en sus pupilas brillase fulgor de pasión; sin que asomara á su boca la sonrisa triste de la amante; sin que en su voz, acariciadora, pastosa, sustituyera al tono reposado el balbuceo que él soñó allá en sus eternos sueños de hortera. Y bajó la frente, más confuso que nunca.

—Vaya, Juanito, ¿qué es esto? ¿Ahora eres tú quien se enoja? Olvidémoslo todo. Anda, ayúdame á cortar flores. Se verán muy bonitas sobre el piano.

Movió el chico la cabeza tristemente, y con voz trémula, dijo:

—Es que...

Después, girando sobre los talones, ebrio de emoción, como si ocultar quisiera la lágrima que le temblaba en los párpados, desapareció corriendo.

Lupe hubo de seguirle con la mirada por breves instantes; y reparando al cabo en el ramo que traía, volvió á su tarea, pensativa. Al acercarse Nita á ella, preguntóla, mientras permanecía turbada:

—¿Qué sucede, Lupe?

—Nada—respondió.

Las cuatro eran en el anticuado reloj del boticario

cuando emprendieron el retorno. La *traginera* avanzaba pausadamente por el canal, rasgando el terso manto de esmeralda; burbujeaba el agua al choque de los primitivos remos. Allá lejos perdiéronse el bosquecillo, y la colina, y su casuca de cónico techo de paja que se erguía en la cumbre. Por entre los cañaverales desmadejaba el sol su cabellera de oro; irisábase el agua; el cieno de la margen adquiría, con el declinar del astro, un matiz azuloso.

Habíanse acomodado al azar, tendidos unos en el fondo de la canoa. En la popa, Julio Eslava y la ciega reanudaban el interrumpido palique de por la mañana, que ahora, en el melancólico atardecer de estío, tornábase más dulce y más íntimo. Jacobina y Nita seguían arrancando lirios al paso, ayudándolas en ocasiones Lupe, la cual conversaba á ratos con Villaescusa, quien continuaba tan ensimismado como en las pasadas horas. Don Aquiles daba una lección práctica de historia antigua, hábilmente aconsejado por don Alejo, á los ganapanes de sus hijos. Y Juanito, en el banco, las manos sobre las piernas, en una dejadez muy semejante al cansancio, contemplaba el agua, inmóvil, absorto. A veces enmudecían todos, experimentando la misteriosa, la palpable sensación del silencio que infiltran en el ánimo los paisajes lacustres, y entonces, suave, atenuado, escuchaban el rumor de los cipreses mecidos por la brisa.

Enrojece el Poniente cuando columbraron, al voltear el último recodo del canal, la silueta negruzca del puente ruinoso bajo el que pasaran por la mañana. Ya no vieron ahí á las mujeres que, con los brazos desnudos, lavaban cantando. Todo hallábase sumido en la paz sedante del crepúsculo; en los rincones de hierba, cloqueaban las ranas.

La noche se venía encima, y la caravana apresuró el regreso. Frente á la casa de amplio corral donde dejasen las bestias, aguardaron á que el guayín estuviese enganchado y los rocinantes listos. Julio Eslava acomodóse en el sitio que á la venida ocupara el capitán en el coche; don Aquiles, echando rayos y centellas, montó

en el primer caballo que le ofrecieran, á la par que su amigote el farmacéutico, quien procuraba calmarle, diciéndole:

—Confórmate, Aquiles, confórmate. Piensa en mis años, y mírame tan fresco en esta alimaña.

La morenita hubo de empeñarse en trepar al vehículo, seguida de las miradas tímidas del mancebo de la botica; y la musa, con gran contentamiento de su parte, saltó ligera de los brazos del amante á la silla del rocín, prometiéndose una dichosa tarde de amor á lo largo del camino, que presto insinuaría su cinta gris sobre el verdor penumbroso de los campos.

Todos gritaban y reían, atropellándose; sólo Juanito, al ver partir el coche entre nubes de polvo, montó cabizbajo en su mula.

Mauricio y Nita, no bien salieron del pueblo, perdiendo de vista las ruinosas torres de la iglesia, pusieron los caballos al paso, embebiéndose en una de aquellas charlas en que él permanecía casi mudo, pero que ella animaba con el campanilleo de su risa y la frivolidad encantadora en su discurso. Por momentos enmudecían, lisonjeados en la contemplación de la tarde.

—¡Oh, Mauricio!—murmuraba ella, mirándole con una dulce languidez en las pupilas—. Yo no sé qué misterio es este del campo... A fuerza de oírte y de pasear contigo, y de verlo todo como tú lo ves, me encanta quererte así, en la soledad...

El artista, echándose á un lado de la silla, respondía á sus frases con una suave caricia en los brazos que oprimían sus manos nerviosas. Mas no hablaba sino á ratos, con frases entrecortadas, breves, que traducían su meditación interna, como si su pensamiento se hallase concentrado en cosas distintas del amor. Y Nita calló, ensoñando, mientras el crepúsculo palidecía lentamente, y la enorme franja violácea fundíase en el azul obscuro del firmamento.

Llegó la noche. Inmenso manto gris hubo de cubrir el valle. Las cabalgaduras seguían paso á paso, resoplando. En la cresta de los montes temblaba una pincelada de oro casi desvaída en la sombra.

—Nita, ¿por qué no hablas?—preguntó Villaescusa, mucho tiempo después.

La moza alzó los ojos, tristes y hasta rencorosos por su silencio: se había olvidado de ella para recluirse en sus pensamientos. Al entreverla, un gesto de sorpresa, de alegría, de triunfo, insinuóse en el semblante del poeta, antes sombrío y ahora iluminado.

—¡Ah! musa...—exclamó—. ¡Por fin!... Mi novela serás tú. Así te quería y así te tengo. Mi asunto, el asunto buscado por todas partes, serán nuestros amores. ¡Imbécil! Pensar encontrarlo lejos, estando junto á ti.

—¿Sí?... ¿De veras?—interrogó, ya sin morriña—. ¿Fuí yo? ¿Seré yo?...

Y seguía interrogando, regocijada, como si no pudiese creer en sí misma. Intenso júbilo la poseyó. Al cabo veía realizada la quimera que vislumbrase su espíritu sutilizado lentamente por el contacto intelectual con Mauricio: ser la inspiradora y la amante satisfacer á un tiempo al hombre y al artista. Rió, parlotó como una niña. Los caballos se habían parado. Presto escucharon el rumor del carricoche que les iba á los alcances. Y los dos, en una egoísta aspiración de estar solos, galoparon, desalados, por la carretera. Don Alejo y el capitán, que ansiaban reunirse á ellos, y con tal propósito habían acelerado la marcha, viéronles desaparecer en la obscuridad.

Juanito, entretanto, se adormecía al paso de la mula. La tristeza apoderábase, impalpable, de su ánimo pequeño. A gran distancia de sus compañeros caminaba sin percatarse del andar tardío de la bestia. Abandonadas las riendas, en cruz los brazos, sintió gana de llorar al caer la noche, é iba á hacerlo ya, cual si en ello esperase consuelo, cuando observó que el mozo encargado de las caballerías, un chiquillo, le acompañaba. Contúvose entonces. ¡No, qué caray! El no lloraría así como así; él era hombre, por más que dijese lo contrario don Aquiles. Y para refrenarse, probándose á sí mismo que no existieron tales barruntos de lloriqueo, preguntó al muchacho con acento casi sereno:

—¿Todavía nos falta mucho?

El chiquillo adelantóse y puso la diestra en las ancas de la mula:

—¡Uy, señor; si apenas vamos á la mitá!

Y Juanito no volvió á preguntar más, ni el campesino á distraerle de sus cavilaciones. Asomó la luna, un cacho miserable de luna, muy lejos, entre la arboleda; fosforearon en el cielo unas cuantas estrellas diamantinas. Tornó á pensar el mancebo «en lo de aquella tarde», y tornaron también las lágrimas á pugnar por escapársele. Añoró su pueblo, escondido entre los picachos de la montaña; trajo á la memoria los ya distantes años en que su tía, parienta de don Alejo y única familia que le restara, muertos sus padres, trasladóle de Ajusco á San Angel; los días de duro aprendizaje en la farmacia; su primera visión de Lupe, en una tarde de sol, en el jardín, junto á la fuente; una niña muy simpática que le tendiera la mano con gesto de superioridad que le atemorizó; sus predilecciones por ella; la tarea harto difícil y laboriosa para gente de provincia, como él, de hacerse querer por chicuela de tan delicados gustos. Los dorados recuerdos parecían dulcificar el del fracaso de aquella tarde, transformando su dolor en suave melancolía y haciendo brillar en su espíritu diminuta chispa de ilusión.

De pronto, alborozados gritos arrancáronle de su sueño. Escuchó el timbre de una voz en la cual no había pensado en el curso del viaje: el de la voz de Nela. Miró en derredor. Algunas lucecillas fulguraban con débil parpadeo. Hallábase en el pueblo. Muy cerca del paradero del tren vió el grupo de viajeros; destacándose de él la silueta de la ciega, un tanto desvanecida en la sombra, le llamaba.

Y sintió un dulce consuelo cuando los brazos débiles y blancos le apretaron y la voz emocionada le dijo:

—¡Ay, Juanito; creímos que te habías perdido!...

De Huipulco en adelante más bien parecían todos cansados que dichosos. Eslava despidióse en Churubusco. El capitán y sus hijos, así como el boticario, adormiláronse en los asientos. Jacobina y Nita platicaron aún, mientras que Villaescusa miraba el camino á tra-